Ochoa



Incertidumbre y Amor.



INCERTIDUMBRE Y AMOR.

DRAMA ORIGINAL EN DOS ACTOS

POR

DON EUGENIO DE OCHOA.

> « Porque tienen de su parte
> mucho poder las mentiras
> cuando parecen verdades. »
> (*Calderon.*)



Madrid.
Imprenta de Repullés.

AÑO DE 1835.

Á LA SEÑORITA

DOÑA MATILDE DIEZ

Y Á MI AMIGO

DON JULIAN ROMEA,

mi primer ensayo dramático

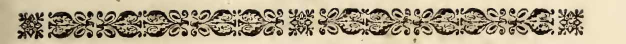
Incertidumbre y Amor,

Eugenio de Ochoa.

MADRID. = Teatro de la Cruz, 1.º *de Junio*, 1835, *á las once de la noche.*

PERSONAGES.	ACTORES.
LUISA.	D.ª M. Diez.
ISABEL.	D.ª B. Lamadrid.
LA CONDESA DE MENA.	D.ª D. Generoso.
ERNESTO (*su hijo*), *conde de id.*	D. J. Romea.
CÁRLOS. } *Sus amigos.*	D. A. Pacheco.
LUIS. . . } *Sus amigos.*	D. G. Perez.
FERMIN (*criado*).	D. N. Espontoni.

La escena es en Madrid : el primer acto en el jardin de Apolo, y el segundo en casa de la condesa.



ACTO PRIMERO.

El teatro representa un bosquecillo á la entrada del jardin de Apolo: á la derecha del espectador se verá una puerta y escrito encima: « *Fonda*, » Habrá una mesa junto al foro, y algunos bancos de madera á los lados.

ESCENA PRIMERA.

Salen ISABEL *corriendo con una carta en la mano, en trage de mañana, con sombrero de paja:* DON CÁRLOS *detras de ella.*

Isab. Déjeme usted. Hay tal tema!
Cár. Pues deme usted el papel.
Isab. Pues yo no quiero.
Cár. Isabel!
Isab. Quiere usted no ser postema?
Cár. Qué capricho!
Isab. Sí señor...
yo se lo diré á mi primo.
Cár. Decidle tambien que gimo
por obtener vuestro amor.
Isab. Pues si yo le quiero á él solo...
y á usted ni miaja.
Cár. (*En tono declamatorio.*) Oh querida!
todo al deleite convida
en este jardin de Apolo.

Aqui las pintadas flores,
aqui las melífluas aves
con sus cánticos suaves
convidan á los amores.
Alli la sortija está,
alli el columpio se ve,
á este lado está el café,
la abundante fonda acá,
sitios todos consagrados
por una larga esperiencia
para curar la dolencia
de pechos enamorados.
No hay bosque aqui ni retama
que no haya escuchado amores;
aqui han sido vencedores...
cuánto galan! cuánta dama!
Muchas, depuesto el rigor,
aqui, de un amante al ruego,
han ecsalado su fuego
en juramentos de amor.
Cuántos vió correspondidos
este templo de Citeres,
delicia de las mugeres...
y terror de los maridos...!
El domingo ó jueves llega,
y aqui en amorosa lid
todo el pueblo de Madrid
á la alegría se entrega.
Cada cual con su querida
viene á este sitio encantado,
Jardin de Apolo llamado,
que mejor fuera de Armida...
En fin... Isabel... en fin...
te amo... constancia juremos,
y por testigo tendremos

este mágico jardin:
depon el casto desden,
olvida el rigor modesto...
Isab. Voy á decírselo á Ernesto.
Cár. (*Muy aprisa.*) Sí? Pues decidle tambien
que os amo mucho, que soy
esclavo de esos luceros...
de esos ojos retrecheros...
Isab. Si habla usted asi me voy.
Cár. Eso no; no lo permito:
oh! yo impedirlo sabré. (*Deteniéndola.*)
Isab. Y yo á Ernesto llamaré...
que voy á gritar... que grito.
Cár. Si viene me desafia.
Isab. Y os matará.
Cár. O yo á él.
Isab. Ay, es verdad!
Cár. (*Cogiéndola una mano.*) Isabel!
Isab. Que se lo digo á mi tia. (*Gritando.*)
Cár. (El diantre de la chiquilla!
qué haré para que no grite?)
Mi corazon se derrite. (*Muy bajo.*)
Isab. Como que es de mantequilla.
Cár. De mante...! Profanacion...!
maldicion...!
Isab. Ay! qué terrible!
Cár. Es duro, mas no insensible,
mi marmóreo corazon.
Sabes que no hay, Isabel,
pecho en que amor no haga mella,
ni mármol en que su huella
no grabe al fin el cincel?
Isab. Sé que usted es un tronera...
un eterno cortejante.
Cár. Proseguid...

Isab. Un inconstante.
Cár. Acabad...
Isab. Un calavera.
Cár. Inconstante he sido yo, (*Con mucha gravedad.*)
mas ya no lo soy, lo juro.
No sabeis que el rey Arturo
en cuervo se convirtió?
Sabeis que abrazó, Isabel,
nuestra religion cristiana
por Matilde soberana
el turco Malec-Adhel?
Y que Júpiter y Marte,
y que Julia, y que Malvina,
y que Amelia, y que Corina,
y el valiente Durandarte...
y qué sé yo cuántos mas,
amaron con desvarío...?
Pero un amor como el mio
oh! no se ha visto jamas.
Corazon tan inflamado
se ha de mirar con respeto,
porque es temible en efeto
un hombre desesperado.
El que desdeñado ama
puede perder la razon,
y echarse por un balcon
y... Otelo mató á su dama...
Virginio mató á su hija... (*Ella se sienta.*)
qué es eso? os sentais?
Isab. No es nada...
sino que estoy tan cansada
de jugar á la sortija...!
Cár. Pues como digo... allá en Roma...
Isab. Y qué sucedió...? acabemos...
Cár. Que...

Isab. Quiere usted que juguemos (*Levantándose.*)
al juego de la paloma?
Es tan bonito...! Y apuesto
á que gano á usted.
Cár. Oh!
mi elocuencia en qué paró!
Isab. Como que le gano á Ernesto.
Tres veces esta mañana
he dado en la campanilla
y Ernesto dos.
Cár. Oh chiquilla
inconsecuente y liviana!
Isab. No lo cree usted? Ahí está,
pregúnteselo.

ESCENA II.

DICHOS. LA CONDESA *dando el brazo á* DON LUIS, *y* ERNESTO *al otro lado.*

Cár. Señora... (*Saludando á la condesa.*)
Isab. (*A Cárlos.*) Pregúntelo usted ahora.
Con. (*A Isabel.*) Isabel, cómo te va?
Ern. Siempre alegre, siempre hermosa.
Con. Qué te parece tu esposa?
digo... la que lo ha de ser
dentro de tres... (*Suelta el brazo á don Luis y habla con Ernesto á un lado del teatro.*)
Ern. Cuatro dias.
Con. Qué memoria! Pues debias
mas impaciencia tener.
Ern. Impaciente... ya lo estoy.
Luis. Qué dice usted, señorita? (*A Isabel en el otro lado del teatro.*)

Cár. No es verdad que está bonita?
Isab. Si dice usté eso me voy.
Con. (*A Ernesto.*) Me parece que á tu amigo
Carlitos le gusta un poco
tu prima.
Ern. Como es tan loco...
tan tronera...
Isab. Qué enemigo!
esté usted quieto. (*A Cárlos, que la quiere quitar una rosa.*)
Cár. Lo estoy.
Ern. (*A la condesa.*) Como ignora que la quiero...
Cár. De mi afecto verdadero. (*Bajo á Isabel.*)
Isab. Si dice usté eso me voy.
Ern. Mas cuando sepa que trato...
Con. Pues, y no lo sabe ya?
Ern. No, ni nadie lo sabrá
hasta que firme el contrato.
Es mejor que en estas cosas
se proceda con secreto,
con misterio... por respeto
á las lenguas maliciosas.
Asi se evitan hablillas,
visitas y pegigueras.
Con. Y se evitan peloteras
con las otras queridillas...
no es verdad?
Ern. Lo que es por eso...
en ese particular...
Con. Oh! si te dejan hablar...
no perderás tu proceso.
Pero hablando formalmente,
que tú profesas, espero,
un cariño verdadero
á tu prima solamente.

La pobre niña te adora
muy de veras.

Ern. Sí; lo sé.

Con. Eres galan... ya se ve;
y tú la quieres?

Ern. Señora...
quién podria resistir
á su inocente hermosura?

Cár. Mi constante y fiel ternura... (*Bajo á Isabel.*)

Isab. Que se lo voy á decir.

Con. Su padre me la fió
estando ya moribundo,
y no le queda en el mundo
otro recurso que yo.
Tú sabes cuánto la quiero;
entre ella y tú repartido
está mi amòr... solo pido
que sea feliz, y lo espero,
y que mires, hijo mio,
como hermana, y como esposa,
esa prenda tan preciosa,
Ernesto, que tè confio.

Ern. Será feliz... yo lo juro...
La amaré tan tiernamente...!
puedo ser inconsecuente,
mas nunca seré perjuro.
Cuando la mire mi esposa,
fiel á la jurada fé,
mi vida consagraré
á hacerla siempre dichosa.

Con. Fuera mucha ingratitud,
Ernesto, hacer desgraciada
esa flor tan delicada
de hermosura y de virtud.

Isab. Ernesto! (*Corriendo hácia él.*)

Ern. Qué es eso, hermosa?
Isab. Que don Cárlos...
Cár. Bachillera...!
Isab. Me quiere quitar...
Cár. Parlera...!
Ern. Qué va á quitarte?
Isab. Esta rosa.
Ern. Insolencia sin igual...!
Isab. La he cogido para tí,
no para él.
Ern. Para mí?
Luis. El negocio es muy formal!
Isab. Tómala. (*Dándosela.*)
Ern. Mil gracias, prima.
Qué quieres que yo te dé
en cambio?
Isab. No hay para qué.

(*Durante esta escena ha pasado varias veces por el fondo del teatro Luisa, vestida de negro, y cubierto el rostro con un velo.*)

Cár. Quién es esta que se arrima? (*Mirándola.*)
Buen talle! famoso enbés...!
Señora...
Con. Niña, deseo
continuar nuestro paseo. (*A Isabel cogiéndola del brazo.*)
Cár. Si usted gusta... (*Ofreciéndola el brazo.*)
Con. Hasta despues. (*A su hijo.*)

ESCENA III.

DON LUIS. ERNESTO.

Luis. Pero hombre, no tienes zelos de que...?
Ern. Zelos! No por cierto: no tengo zelos de nadie. (*Muy distraido.*)
Luis. En verdad, Ernesto, que de algun tiempo á esta parte estás hecho otro hombre. Siempre triste, cabizbajo, meditabundo... Estoy seguro de que tienes algun secreto pesar que te atormenta, y me aflige que seas tan reservado con quien te quiere tan deveras como yo.
Ern. No; no tengo nada.
Luis. Perdóname que te diga que no lo creo. Antes estabas siempre de buen humor, dispuesto para cualquiera broma, metido en jaranas, en peloteras, y ahora... qué tienes?
Luis. Qué sé yo...? De algunos dias á este parte siento una tristeza, una amargura...
Luis. Y no tienes bastante confianza conmigo para descubrirme la causa de tu pena? Ernesto, no somos amigos? (*Le da la mano.*)
Ern. Mira; yo sé que tú eres capaz de guardar un secreto y de darme un buen consejo... en este momento tengo necesidad de desahogar mi corazon contigo. Escúchame con atencion, porque voy á hablarte con toda la sinceridad de mi alma.
Luis. Pues bien.
Ern. Desde que empecé á conocer un poco el mundo, á campear por mi respeto, tú has si-

do constantemente el compañero de todas mis acciones... de mis calaveradas á veces. Durante algunos años, mi vida no ha sido mas que una serie de locuras... de inconsecuencias juveniles acaso, pero que no por eso han dejado casi siempre de tener funestos resultados... no solo para mí, eso sería lo de menos, sino para muchas infelices á quienes por ligereza ó pasatiempo he sepultado tal vez en un eterno infortunio.

Luis. Esos recuerdos son tristes en efecto; pero cuál es el hombre que no puede echarse en cara algunos de esa naturaleza?

Ern. Sí; hay uno entre esos recuerdos que me persigue noche y dia como un atroz remordimiento, sin dejarme gozar un instante de verdadera tranquilidad. Esa es la causa de la tristeza que has notado en mí de algun tiempo á esta parte, y todos los esfuerzos que hago para disimularla son inútiles: á pesar de la mucha amistad que te profeso, nunca me he resuelto á confiarte que ecsiste una muger... una desgraciada, á quien amo con todo mi corazon.

Luis. Ya yo sabia que te gustaba... pero hombre, nunca creí que estuvieras tan enamorado de tu prima.

Ern. De mi prima! No; no es esa la mejor de quien te hablo.

Luis. Calla...! Pues como no sea la viudita, ó la Inés, ó la...

Ern. No, no es ninguna de esas que dices, á quienes solo he obsequiado por costumbre ó por pasatiempo. El amor de esas mugeres no podia hacer en mi alma una impresion profunda. Amigo mio, tú no conoces á la que amo! Si la hu-

bieras visto! si supieras con cuánta ternura me amaba aquel corazon inocente, la compadecerias como yo. Pobre Luisa!

Luis. Luisa! nunca me has hablado de ella.

Ern. Infeliz! En un viaje que hice á Sevilla el año pasado conocí á un antiguo soldado de la guerra de la independencia; á uno de aquellos héroes que á costa de su sangre conquistaron la libertad de nuestra España. Habia servido muchos años en el regimiento que mandaba mi padre, y éste le debió la vida dos veces en el campo de batalla. La gratitud, el deseo de conocer al hombre á quien tanto habia amado el autor de mis dias, me movieron á visitarle. Ademas, queria entregarle yo mismo algunas mandas que le habia dejado mi padre en su testamento como prenda de su antigua amistad. Aunque cubierto de canas y de laureles, vivia el valiente guerrero en la mayor indigencia, al lado de su hija única, que con el trabajo de sus manos ganaba lo escasamente necesario para vivir con suma economía. Aquella honrada familia, sin embargo, era feliz con su pobreza y su virtud, cuando llegué yo para su desgracia, y acaso tambien para la mia. Luisa, la hija de aquel hombre respetable, era hermosa, y pura como un ángel: la amé, y la infeliz correspondió á mi pasion con un amor mil veces mas profundo que el mio.

Luis. Pues dígote, Ernesto, que no hallo hasta ahora cosa que no vaya muy en su punto.

Ern. Pero al cabo de algun tiempo, fuese por la natural veleidad de mi carácter, ó porque la ternura de Luisa no me dejase ya nada que desear, empezó á resfriarse poco á poco el amor que la tenia, comencé á echar de menos las distraccio-

nes de la corte, mi familia, mis amigos. Por una parte las contínuas cartas de mi madre, que deseaba tenerme á su lado... el hastío que siempre sigue á una pasion satisfecha... en fin, despues de haber pasado con Luisa cuatro meses en el seno del amor y la felicidad, viné á Madrid, conservando solo de aquella muger un recuerdo dulcísimo, pero que pronto fue desapareciendo en medio de los turbulentos placeres de la capital.

Luis. De esos casos estan llenas las historias.

Ern. Durante los dos primeros meses mantuvimos por cartas una correspondencia bastante regular... por parte suya, porque yo muchas veces, ocupado en nuevos devaneos, me olvidaba hasta de que ecsistia. Siempre sus cartas eran tiernas y cariñosas: jamas encontré en ellas una sola reconvencion. Salió por aquella época del colegio mi prima Isabel. Acostumbrada á mirarme como al hombre que debia algun dia ser su esposo, no tardó en profesarme el mas sincero cariño: insensiblemente fui correspondiendo á él. La hermosura de mi prima me hizo olvidar enteramente á la pobre Luisa; y en fin, corté de una vez nuestra correspondencia. Durante algun tiempo no volvi á recibir carta suya, hasta que un dia, hará como unos tres meses, me escribió anunciándome la muerte de su padre.

Luis. Desgraciada!

Ern. Sí; bien puedes decirlo. Esta fatal noticia hizo en mi alma una impresion profunda: perdí repentinamente la alegría natural de mi carácter; empecé á hacer reflecsiones muy sérias sobre mi vida pasada, y estas reflecsiones llenaron mi alma de amargura. A pesar del amor

que profesaba á mi prima, el cielo sabe que estuve á punto de volver á Sevilla y buscar á la desgraciada Luisa para consolarla y servirla de protector en su horfandad; pero tú conoces el carácter de mi madre. Esta conducta de parte mia la hubiera afligido sobremanera: ademas, me era imposible separarme de ella ni causarla el menor disgusto en la situacion en que se hallaba, enferma, anciana, y sin mas consuelo que la presencia de su hijo único. Continuamente me estaba rogando que diese la mano á Isabel: la menor resistencia de parte mia sobre este punto la afligia sobremanera. Me recordaba el indiscreto juramento que hice al padre de mi prima en su lecho de muerte, cuando la pobre niña quedaba sola y huérfana en el mundo, de darle algun dia la mano de esposo. Ademas, para qué he de negarlo? La posesion de Isabel me parecia entonces la felicidad suprema. Al principio me contenia el recuerdo de Luisa: temblaba de cometer un perjurio... pero al fin, en un momento de delirio, olvidándolo todo, accedí á los deseos de mi madre... qué digo? á los mios propios, prometiendo...

Luis. Silencio: aqui vienen Cárlos y tu prima.

Ern. Mi prima! Siempre ha de venir á incomodarme.

Luis. Luego seguiremos esa historia, y te aconsejaré lo que me parezca mas acertado. Ahora voy á acompañar un rato á tu mamá.

Ern. Sí, vé.

ESCENA IV.

ERNESTO. ISABEL. DON CÁRLOS, *y* LUISA *en el fondo.*

En esta escena deben formar los actores dos grupos como en la segunda. Á un lado estarán Ernesto é Isabel: al otro Cárlos y Luisa. Ésta, durante la última escena, ha pasado algunas veces lentamente por el fondo del teatro.

Isab. Basta de galantería,
porque sino se lo digo.
Cár. Dios te salve, Ernesto amigo.
Isab. Qué tonto!
Ern. Qué te decia...? (*Hablan en voz baja Ernesto é Isabel.*)
Cár. Ya me dejó... Por aqui
anda mi hermosa tapada...
que me place...!
Ern. Fue humorada
singular la tuya. (*Hablan en voz baja Ernesto é Isabel.*)
Isab. Sí.
Cár. Hermosísima sirena,
la del garbo y magestá...
la que dice soledá...
adónde bueno, morena?
No responde? Es usté muda?
Es usté sorda? Mocita! (*Gritando.*)
Ern. Con quién ese loco grita?
Cár. Por qué en responderme duda?
Ern. Ya pudieras elegir

otro sitio para dar
esas voces: sin gritar
no puedes, hombre, decir
lo que quieras? Considera
que está mi prima delante...

Cár. Pero ves aquel portante
tan salado!

Ern. Mas modera
tu necia galantería...
déjalo para despues...
ó sino... sí... mejor es...
dame el brazo, te decia... (*A Isabel: se van dados del brazo.*)

ESCENA V.

CÁRLOS. LUISA. (*Ésta quiere seguirlos, y él la detiene.*)

Cár. Quieres irte? Vive Dios
que hoy todas huyen de mí...
por qué no respondes, dí?
no estamos solos los dos?

Luisa. Déjeme usted.

Cár. Voz divina!
voz sublime! Al fin habló!
Al fin sus labios abrió
esa boca purpurina!

Luisa. Déjeme usted.

Cár. Qué severa!
señora, hacedme merced
de tomar... (*Ofreciéndola el brazo.*)

Luisa. Déjeme usted.

Cár. He de verla aunque supiera

que por ello he de morir.
Ese velo... (*Queriendo levantarle.*)
Luisa. Caballero...!
quiere usted no ser grosero? (*Vase.*)
Cár. Pues la tengo de seguir.

ESCENA VI.

Salen por el otro lado de bracero ERNESTO *é* ISABEL.

Isab. Eso dijo tu mamá?
que pronto nos casaremos?
Ern. Lo sientes?
Isab. Oh! no!
Ern. Seremos
muy felices.
Isab. De verdá?
Ern. Sí, mi vida... pero escucha...
silencio... labios cerrados
hasta qne estemos casados.
No tengo razon?
Isab. Y mucha.
Ern. Ninguno lo ha de saber...
cuando llegue el fausto dia
á todos con alegría
presentaré mi muger.
Asi los sorprenderemos.
Isab. Ay qué gusto! (*Dando palmadas de alegría y saltando.*)
Ern. Sí; y despues... (*Con ternura.*)
de la boda el primer mes
en mi quinta pasaremos
de Valencia; alli felices,

en el seno del amor,
será eterno nuestro ardor...
hermosa...! nada me dices?

Isab. Sí; digo que estoy contenta.

Ern. Alli en paz no interrumpida
pasaremos una vida
de pesadumbres ecsenta.

Isab. Y estaremos solos?

Ern. Sí.

Isab. Y no nos fastidiaremos?

Ern. No por cierto; nos querremos
muy mucho.

Isab. Lo que es por mí...!
yo nunca á nadie he amado
sino á tí. Pero tú...

Ern. Yo!

Isab. Has amado á muchas?

Ern. No.

Isab. Has estado enamorado
de alguna?

Ern. Sí... de una sola... (*Muy despacio.*)
pero la amaba de veras...!

Isab. Cuéntamelo.

Ern. Como quieras.

Isab. Era estrangera?

Ern. Española.

Isab. Y bonita?

Ern. Mucho.

Isab. Sí...? Mas que yo?

Ern. Se me ha olvidado.

Isab. Y era...?

Ern. Hija de un soldado
que en Sevilla conocí.

Isab. Y la amabas?

Ern. Ya lo creo!

Isab. La ves mucho? Dónde está?
Ern. En Sevilla, y hace ya
seis meses que no la veo.
Isab. Con que la amabas, eh?
Ern. Sí... (*Con tristeza.*)
mucho la quise, Isabel...
mas quién sabe si la infiel
se habrá olvidado de mí?
La inconstancia en las doncellas
es una espina en la flor...
la ausencia mata el amor
como el sol á las estrellas.
Oh necio de aquel que cree
en constancia de mugeres...!
Isab. Pues la quisiste y me quieres...
Ern. No me lo digas...
Isab. Por qué?
Ern. Dejémoslo.
Isab. Y te queria
mas que yo?
Ern. Por esta parte
viene Cárlos...
Isab. A contarte
voy lo que antes me decia.
Ern. Qué era ello?
Isab. Este papel (*Sacando una carta del pecho.*)
me entregó... no le he leido. (*Se lo da con timidez.*)
Ern. Eh... rómpelo. (*Lo rasga con indiferencia.*)
Isab. Qué atrevido!
pues habla de amor en él...
y me dice que me adora...
Ern. Luego leiste?
Isab. Un poquito

asi... por el sobrescrito...
Perdóname.
Ern. Engañadora...!

ESCENA VII.

Vanse dados del brazo, y salen por el otro lado LUISA *y* CÁRLOS *declamando detras de ella.*

Luisa. Qué pesado...!
Cár. Ver, te pido,
esa cara.
Luisa. Qué importuno!
Cár. Te lo ruego por Neptuno,
por Júpiter y Cupido.
Por qué, dí, Flérida impía,
mantillescos arreboles
eclipsan esos dos soles
que envidia el astro del dia?
Hermosa! Déjame ver...
muestra á mi vista anhelante
de tu rostro fulgurante
el nevado rosicler:
esos dientes de marfil,
esos labios de coral,
esa frente de cristal,
tus cejas... de peregil.
(Si esta muger no es un cesto,
por fuerza se ablandará
con esta elocuencia.)

ESCENA VIII.

DICHOS. ISABEL, *que sale corriendo.*

Isab. Ah...!
que le llama á usted Ernesto. (*A Cárlos.*)
Luisa. (Ernesto!)
Cár. Pues qué me quiere?
Isab. Él lo sabrá... Vaya usté.
Cár. No te aflijas, volveré. (*Bajito á Luisa.*)
Isab. Que está esperando.
Cár. Que espere.

ESCENA IX.

LUISA. ISABEL.

Luisa. (*Levantándose el velo.*) Ernesto...! Señorita, usted conoce á ese caballero, no es verdad?
Isab. Toma...! pues si es mi primo y mi... Ah, sí! decia que es mi primo.
Luisa. Yo tambien le conozco, y me interesaria mucho hablarle: señorita, tendrá usted la bondad de decirle que le estoy esperando?
Isab. Con mucho gusto. De parte de quién?
Luisa. No, no es menester que le diga usted mi nombre.
Isab. Bien: le diré que le está esperando una muger vestida de negro. (*Hace que se va, y vuelve.*) Ah! diga usted, ese jóven que estaba aqui le

estaba á usted diciendo amores, verdad?

Luisa. No sé, porque apenas le escuchaba.

Isab. Lo mismo hacia yo antes con él; pero con Ernesto, oh!

Luisa. Qué?

Isab. No, no he dicho nada: voy á llamarle.

Luisa. Qué decia usté de Ernesto?

Isab. Nada: que voy á llamarle.

Luisa. No, aquello otro...

Isab. Lo otro? Ah! decia que es mi primo.

Luisa. Y usted quiere mucho á su primo?

Isab. Oh! sí!

Luisa. Cielos!

Isab. Voy, voy á llamarle. Ernesto, Ernesto. (*Vase llamándole.*)

ESCENA X.

LUISA. (*Sola.*) *Luego* ISABEL.

Luisa. (*Pensativa.*) Ya le he visto hoy hablar con esta muger algunas veces. Oh! no quiera Dios que se cumplan las amargas sospechas que hace tanto tiempo abriga mi corazon! Pero es imposible: Ernesto no puede haberse olvidado de mí; sin embargo, haber estado tanto tiempo sin escribirme, oh! sería una infamia! Dios mio, tened compasion de mí...!

Isab. (*Sale muy sofocada.*) No parece, no le encuentro; he corrido por todo el jardin llamándole, y no parece: dice el portero que ha salido con Carlitos... el que la decia á usted flores.

Luisa. Se ha ido ya!

Isab. (Para qué tendrá tantas ganas de verle?) Habrá ido á dar una vuelta, pero tiene que venir; ya pronto vamos á volver á casa, y él viene acompañándonos á caballo junto al coche.

Luisa. Sí?

Isab. Pero si tiene usted algo que decirle, yo se lo diré de su parte de usted: lo mismo da que se lo diga usted á él que á mí, porque... como es mi primo...

Luisa. Y él sin duda la querrá á usted mucho, señorita?

Isab. Toma! ya se ve, como que... como que es mi primo...

Luisa. Y está usted sugura de que no quiere á otra?

Isab. Qué ha de querer? como que vamos á...

Luisa. A qué?

Isab. (Mejor será irme, porque sino la cuento...) Creo que me llama mi tia... Señora, beso á usted la mano.

ESCENA XI.

LUISA. (*Sola.*) *Luego* ERNESTO.

Luisa. Qué querrá decir con esas palabras? Ernesto! será posible! oh! no; no lo puedo creer; pero aqui viene. (*Se retira al fondo del teatro.*)

Ern. (*A un criado.*) Haz que arrimen el coche y que ensillen mi caballo: estás? Hola! todavía anda por aqui la querida de Cárlos; pues ya va

él detras de otra por esa calle de Fuencarral echando chispas. Dichoso el que asi puede enamorarse como olvidar, en lugar que yo... pero qué veo? es ilusion! Luisa! eres tú! tú aqui!

Luisa. Sí, yo soy; yo soy esa desgraciada. Me era imposible vivir ausente de tí: la muerte de mi pobre padre me dejaba sola en el mundo, y libre de mis acciones. Oh! si vieras! aquellos sitios en que fuimos tan felices, aquellas deliciosas orillas del Guadalquivir, aquellos campos de mi hermosa patria, me parecian ahora un horrible desierto. Mi corazon estaba contigo, y mi vida se consumia tristemente entre lágrimas y amargura.

Ern. Luisa! pobre Luisa!

Luisa. Oh! mucho he sufrido, mucho; pero en este momento soy feliz! Y tú, Ernesto, estás contento? te alegras de ver á tu Luisa?

Ern. Sí, sí; pero cómo has tenido valor para venir desde Sevilla?

Luisa. Ah! tú no sabes de cuánto es capaz una muger amante. La esperanza de verte me hacia olvidar las fatigas del camino, las privaciones que siempre acompañan á la pobreza. Cuando sentia desmayar mi espíritu, cuando mis débiles fuerzas empezaban á flaquear: "Voy á verle, me decia; es imposible que se haya olvido de mí." Y entonces... no hubiera trocado mi suerte por la de los ángeles.

Ern. Hermosa...!!!

Luisa. Todavía te parezco hermosa? Yo creía que las lágrimas habian marchitado aquella hermosura que tanto me ponderabas: te acuerdas?

Ern. Oh! sí. (*Se sientan juntos en uno de los bancos.*)

Luisa. Qué tiempos tan felices! ya no volverán jamas!

Ern. Por qué?

Luisa. (*Pensativa.*) Sí, ahora, ahora me acuerdo. Al principio, cuando volviste á Madrid, contestabas á todas mis cartas, y luego dejaste de escribirme de repente. Oh Ernesto! si supieras cuánto me hizo sufrir ese silencio cruel...! unas veces temia haberte ofendido sin querer... hasta llegué á temblar por tu vida, porque me era imposible creer que te habias olvidado de mí. Por qué no me escribias, Ernesto?

Ern. (Qué la diré?) Ya ves, mis ocupaciones...

Luisa. (*Con dulzura.*) Sí, es verdad; era demasiado ecsigir que me escribieras todos los correos; pero á lo menos alguna vez! Yo te hubiera escrito siempre, y con saber de cuando en cuando que vivias, que pensabas en mí... ah! me hubieras evitado muchos momentos de amargura...!

Ern. Lloras? por qué?

Luisa. Es de alegría. Si vieras! soy tan feliz en este momento! Y yo insensata! que habia renunciado ya á la felicidad en este mundo, que habia llegado á desesperar de la justicia de Dios! Mira, ahora ya te lo puedo decir. (*Se acerca á él.*) Muchas veces, de noche sobre todo... cuando pensaba en que podias haberte olvidado de mí, lloraba mucho, y luego sentia en mi corazon un dolor inesplicable. Al mismo tiempo me parecia oir una voz que halagaba dulcemente mi alma, prometiéndome paz y tranquilidad eterna... en el sepulcro. (*Durante esta relacion, y alguna vez en las siguientes, echa mano Luisa, como por un movimiento*

habitual, á un pomito de cristal azul celeste que llevará pendiente del cuello con una cinta del mismo color.)

Ern. Oh! por qué no desechaste esas funestas ideas?

Luisa. No: en la situacion en que yo me hallaba entonces... tú no puedes imaginártela, Ernesto: estas ideas eran mi único consuelo. Cuando me acostaba pensando en la muerte, mi sueño era puro y tranquilo como antes que te conociera. Aquellas ideas me daban valor para soportar las crueles sospechas que habian penetrado en mi alma, porque entonces esperaba que pronto dejaria de sufrir.

Ern. Oh! no hablemos mas de eso; tus palabras me despedazan el corazon. Luisa mia! yo tambien he pensado en tí; el recuerdo de aquellos felices dias pasados contigo en la hermosa Sevilla no se ha apartado un momento de mi memoria.

Luisa. De veras? las distracciones de la corte no te han heho olvidar á tu amada? oh! bien me lo decia mi corazon!

Ern. Pero cuándo has llegado á Madrid?

Luisa. Anoche, y esta mañana fui á tu casa. Si vieras cómo palpitaba mi corazon al acercarme á ella! Apenas tenia fuerzas para sostenerme. Llegué en fin, y pregunto por tí... temblando, sin saber apenas lo que me decia. Pensaba que todos leían en mi rostro la turbacion de mi alma, y la esperanza de verte... el rubor... la agitacion... me tenian como privada de sentido. Pregunté á un criado por el conde de Mena... y me dijo que habias venido con tu familia á pasar la mañana al jardin de Apolo.

Me informé dónde era, y despues de haber andado mucho, logré por fin á fuerza de preguntas llegar hasta aqui. Lo demas... tú lo sabes...

Ern. Alma mia! (*Apretándola las manos.*)

Luisa. Ah! se me olvidaba... he visto aqui una señorita que me ha hablado de tí, y me ha dicho que la quieres tanto...

Ern. (Cielos! si la habrá dicho...!)

Luisa. Es verdad que la quieres? Oh! no me lo digas, por Dios...!

Ern. Es una prima mia, que acaba de salir del colegio: una aturdida que no sabe lo que se dice.

Luisa. No: esta mañana te he visto hablar con ella muchas veces: yo no sé lo que la decias...

Ern. Nada... tonterías... obsequios... de sociedad... asi, por costumbre: no me crees?

Luisa. Sí, cuando tú me hablas, me parece imposible que me engañes... tus palabras tienen tanta dulzura!

Ern. (Infeliz! cuando llegue á saber...!)

Luisa. Oh Ernesto! ya se acabaron para mí los momentos de amargura; ya soy feliz; tú me amas... todavía soy tu Luisa... tu único amor...

Ern. Sí, sí! (*Con delirio, arrodillándose delante de ella.*)

Luisa. Ah! (*Echándole los brazos al cuello.*)

ESCENA XII.

DICHOS. ISABEL.

Sale Isabel corriendo y llamando á su primo; Luisa al verla da un grito y se va precipitadamente por el fondo del teatro; Ernesto al ver á Isabel duda un momento, y luego sigue á Luisa.

Isab. Ernesto... qué...! — Tia! tia! que se va! Ernesto! (*Gritando y llorando.*)





ACTO SEGUNDO.

La escena representa un gabinete ricamente alhajado en casa del conde; habrá una puerta á la derecha del espectador, y otra en el foro, que da á las habitaciones interiores. Junto á esta se verá una ventana con elegantes colgaduras; habrá una chimenea encendida, y enfrente de ella un sofá.

ESCENA PRIMERA.

DON CÁRLOS. DON LUIS. ERNESTO.

Estan los tres sentados al rededor de una mesita redonda acabando de comer.

Cár. Amigo, nos has dado una comida estupenda; no se puede negar que eres hombre de gusto.

Luis. Seguramente: en mi vida he bebido mejor Jerez ni probado mas suculentos manjares.

Ern. Ya sabeis que en esto de dar gusto al estómago me he llevado siempre la palma sobre todos mis competidores.

Cár. Cómo qué? Os cito para almorzar mañana... mañana es sábado y no puede ser; para el domingo á las once de la mañana... el domingo tampoco, porque estoy citado con la Clarita... Pues señor, el lunes... voto va! tampoco puede

ser, porque tengo un desafio con el hombre mas perezoso que hay en la tierra, y el grandísimo alma de cántaro me ha apalabrado para las doce y media ó tres cuartos para la una.

Luis. Vaya, di que nunca, y acabarás mas pronto.

Cár. No, no; el martes sin falta os espero en mi casa á las doce en punto.

Luis. Pero si quieres que lo pasemos bien no vayas á convidar á toda esa caterva de botarates que te acompañan continuamente.

Cár. Es la gente mejor que hay en Madrid, y sin ellos no puede haber diversion completa.

Luis Ya, para tí, que eres otro tal como ellos...

Cár. Pobre hombre!

Luis. Qué va á que si los convidas tenemos que acabar á botellazos...?

Cár. Y qué...? se rompe uno la cabeza, y luego tan amigos como antes.

Ern. (*Saliendo de la distraccion en que ha estado hasta ahora.*) Sí, amigo; todo eso es muy verdad, y aun hace poco tiempo que era yo tambien de la misma opinion... pero en el dia...! ya han variado mucho las circunstancias.

Cár. Pues cómo?

Ern. (*Levantándose de la mesa.*) Francamente... no habeis adivinado el motivo por qué os he suplicado hoy con tanto empeño que os quedarais á comer conmigo? Vaya, Cárlos, tú que eres tan perspicaz...

Cár. Sí, sí... yo ya lo sé... dime... esta noche quieres llevarnos á Luis y á mí á casa de... eh?

Ern. No, amigo; la erraste de medio á medio.

Cár. Qué diablos...! pues como no sea... ah! ya! tienes algun lance nocturno, y necesitas que te guarden las espaldas... alguna cita amorosa... al-

gun desafio... hay acaso de por medio alguna parienta vieja á quien entretener... algun marido á quien dar conversacion? Chico, ya sabes que...

Luis. Pues yo apostaré á que no es nada de eso. De algun tiempo á esta parte anda Ernesto distraido, melancólico. *Cuantum mutatus ab illo!*

Cár. Y es verdad, ahora que me acuerdo; estás hecho un cartujo; pero hombre...! estás enamorado? yo tambien lo estoy, pero enamorado de veras de tu prima Isabel.

Ern. Pues es menester, amigo, que renuncies á ella...

Cár. Por qué?

Ern. Porque hoy mismo va á ser esposa mia.

Cár. Aries, Capricornio y Toro...! qué botarate, hombre! ja, ja... qué botarate!

Ern. Sin embargo, Cárlos, si quieres escucharme te convencerás de que no he tomado esa resolucion sino despues de muy maduras reflecsiones.

Cár. Con todo... prefiero no escucharte.

Ern. Hay una época en la vida del hombre en que...

Cár. Hola! sermon tenemos... me alegro que ande por aqui el sofá. (*Se echa en él.*) Ahora ya puedes hablar cuanto quieras.

Ern. Con que no quieres escucharme?

Cár. No.

Luis. Mas vale dejarle; quién ha de hacer carrera de ese loco? Mira, ahora puedes seguir la historia aquella.

Ern. De Luisa?

Cár. (*Incorporándose.*) Luisa! Yo conozco tres Luisas; la hija del garitero de la calle del Pez, la que vende palillos en...

Ern. Pues no es ninguna de esas. (*Con viveza.*)

Cár. Podia ser...

Luis. No le hagas caso; adelante.

Ern. Nada me quedaba ya que decirte, sino que vencido por las súplicas de mi madre, por el amor que me habia inspirado mi prima, prometí que en el término de quince dias firmaria el contrato de boda. Hoy se ha cumplido este término, y he querido que nos reunamos para comer solos por última vez, como tres alegres solteros, y tobre todo, para que nos despidamos definitivamente, yo á lo menos, de la vida calaveresca y bullanguera.

Luis. Heróica resolucion! Y estás bien decidido á cumplirla?

Ern. Sí, muy decidido!

Luis. Pues señor, me place. Aprobado sin discusion. Desde mañana me echo á la *vita bona*, y renuncio á toda especie de malas compañías; con que asi, Cárlos... (*Despertándole.*)

Cár. Quién habla de Cárlos por ahí abajo? Sobre que en esta postura horizontal se enfria uno bonitamente! Apostaré á que os habeis entretenido en mojarme? Os lo perdono, porque soy de mio grande y magnánimo; pero si quisierais dejarme echar un sueñecillo! habíaoslo de agradecer. (*Acomodándose para dormir.*)

Ern. No, Cárlos; necesito hablar con vosotros, ver tu buen humor, aturdirme un poco para no pensar en mi situacion; en fin, necesito qne me distraigas.

Cár. Pues distráete... en ver como duermo. Verás, verás qué bien lo hago... contempla esta postura oriental, sultaniana...

Ern. Anda noramala. (*Con despecho.*) Pero sabeis

que hace un tiempo que es un primor? (*Acercándose á una ventana.*) Lluvia, frio...

Cár. Lo mismo que en París, te acuerdas...? aquel café *d'Idalie...!*

Enr. (*Distraido.*) Triste dia de bodas! qué oscuro está el cielo!

Luis. Como que estamos en diciembre; pero qué te sucede, Ernesto? te aseguro que para un novio tienes la cara mas cuaresmal...

Ern. Cómo ha de estar alegre el semblante cuando sufre el corazon?

Luis. Te acuerdas aun de tu Luisa...?

Ern. Habia empezado ya á olvidarla de todo punto, cuando hace cuatro dias, hallándome en el jardin de Apolo, se me acercó una muger cubierta con un velo: al ver su talle tan airoso, sus movimientos llenos de languidez y de nobleza, no pude dudar que tenia delante de mis ojos á la bella Luisa; y en efecto, no me engañé. La infeliz no sabe nada todavía; ha venido desde Sevilla sola, á pie, acaso mendigando por el camino el pan de su sustento!

Luis. Pero sabes que es toda una heroina de novela...

Ern. Oh! pobre Luisa! si vieras con cuánta ternura me ama esa desgraciada! Fui á verla á su casa, y todo en ella presentaba el sello de la mas horrible miseria; sin embargo, al verme á su lado, al estrechar mi mano entre las suyas, brillaba en sus labios una sonrisa angélical, y un momento despues derramaban sus ojos un torrente de lágrimas... si vieras! la infeliz se entregaba con tanta confianza á su porvenir! me estrechaba á su seno con tanta ternura! Aun no sabia nada; me creía fiel, cariñoso

como ella, y era dichosa... pero en medio de su alegría me pareció notar un no sé qué de estraordinario... cierta espresion de delirio en sus ojos... asi... como de una persona insensata...

Luis. Qué horror!

Ern. Sus manos estrechaban las mias con una presion convulsiva... sus palabras eran inconecsas, insensatas á veces... hablaba de la muerte, del amor, y estas ideas se confundian en su imaginacion. En una palabra, amigo, conocí que la ausencia... mi descuido en escribirla... y sobre todo, la muerte de su padre, habian hecho una funesta impresion en aquella alma delicada... su razon se ha trastornado; sus ideas han tomado un giro novelesco y sombrío... en fin, estoy seguro de que esa desgraciada medita algun horrible proyecto.

Luis. Dios mio! acaso te dijo...

Ern. (*Con misterio.*) No... pero muchas veces observé cuando... porque al fin era menester, ya que no desengañarla enteramente, irla preparando poco á poco á la noticia de mi boda... cuando empecé por medios indirectos á darle á entender que mi prima Isabel... entonces observé que por un movimiento involuntario llevaba la mano á su seno y buscaba en él un objeto...

Luis. Tu retrato tal vez...

Ern. No... hace algun tiempo la regalé un pomito de cristal azul, que ella me juró llevar siempre colgado al pecho con una cinta del mismo color: este era el objeto á que llevaba la mano involuntariamente, como por un movimiento habitual, mientras yo la hablaba de mi prima Isabel... de que mi madre tenia el proyecto de

unirnos... y la infeliz me escuchaba inmóvil, con los ojos fijos en los mios, y cubierta la frente de un sudor frio como la muerte. La pedí que me dejase ver el pomito que llevaba al pecho, y me respondió con una espresion indefinible: "No, no... aqui se encierra mi felicidad!"

Cár. (*Acabando de despertarse.*) Pues yo digo que esa muger es una de las mayores bachilleras que...

Ern. Mira, Cárlos... yo sé que para tí no hay muger honrada ni hombre bueno, pero hazme el gusto de poner un freno á tu mordacidad cuando hables de Luisa. Desgraciada! cuando pienso que solo por verme viene sola, á pie, desde Sevilla...

Cár. Sola! Ahora ha llegado de Sevilla el 5.º de ligeros, y habrá aprovechado la ocasion para venir acompañada...

Ern. (*Animándose por grados.*) El que lo piense ó lo diga, miente.

Cár. Conde!

Ern. Sí, miente como un villano el que solo por lucir su ingenio, ó sisfacer un instinto maligno, marchita cobardemente la reputacion de una muger. Qué motivos tienes para esas infames sospechas? Porque se trata de una muger, de un ser débil, te crees autorizado á insultarla, á envilecerla... solo porque sabes que no te ha de responder, que no ha de castigar tu impudencia con un balazo ó una estocada.

Cár. Por cierto que lo tomas en un tono...

Ern. En el que se merece, en el que estoy pronto á sostener cuando quieras...

ESCENA II.

DICHOS. ISABEL. LA CONDESA. (*La primera llega un poco antes.*)

Isab. Hola, hola! qué es eso? parece que disputan los amigos.

Ern. No es nada, Isabelita, nada.

Cár. Sea usted juez, señorita. Aqui se trata de que Ernesto defiende, armado de punta en blanco, á una cierta Luisa...

Isab. Luisa!

Ern. Cárlos, por Dios! (*Adelantándose á dar la mano á la condesa, que llega.*) Señora, usted por aqui?

Con. Sí, hijo mio. Señores, (*Saludando.*) perdonen ustedes si vengo á interrumpirles... sé que en una reunion de jóvenes, una persona de mis años es siempre enfadosa...

Luis. Señora!

Con. Pero la presencia de Isabelita resarcirá á ustedes de esta incomodidad: no es verdad, Ernesto?

Ern. Mi prima es siempre bien venida cuando se digna de favorecer esta...

Isab. Luisa!

Con. Supongo, señores, que no es ya un misterio para ustedes la boda de Ernesto con su prima.

Cár. Con que te casas? hombre al agua.

Ern. Pues no te lo he estado contando?

Cár. Ya, pero ese sofá es tan idóneo para el sueño...

Con. Hasta ahora hemos querido que permaneciera oculto este proyecto, para evitar las hablillas... en semejantes casos siempre las hay... pero ya es inútil el misterio, puesto que antes de una hora ha de estar firmado el contrato.

Cár. (A Dios mis esperanzas.)

Ern. Ya se lo he dicho á estos dos escelentes amigos, y uno y otro me han dado la enhorabuena. Y usted, Isabelita, no tendrá la bondad de confirmar á estos señores lo que acabo de decirles?

Isab. Luisa!

Con. Qué imprudencia! quieres que vaya á decirlo en presencia de su tia! sería un desacato! (*Arrimándosele al oido.*) Pero si mucho no me engaño, ella te lo dirá á solas.

Ern. Este sería el dia mas feliz de mi vida si Luisa... no... si Isabel... quisiera...

Cár. (*Riéndose.*) Ja, ja... pero hombre!

Isab. Quién es esa Luisa?

Con. (*A Isabel.*) Él te lo dirá... en estos momentos los amantes tienen la cabeza en bábia. Isabelita, es menester que te vistas como corresponde á una señora novia. A tí, Ernesto, nada te digo; eres demasiado galan para ignorar que en ciertos dias es menester que la gala del cuerpo revele la alegría del alma. Yo tambien voy á ponerme petimetra. Quiero ver si hago una conquista; pero yo necesito mas tiempo que mi sobrina para mi tocado, porque soy menos jóven. Luisito, Cárlos, quieren ustedes dar el brazo á esta respetable anciana?

Cár. y *Luis.* Señora...

Ern. Si usted permite... (*Ofreciéndole el brazo.*)

Con. No, no; tú respóndela ahora á aquello que

te preguntaba antes. Y cuenta que todavía no eres mas que novio. (*Vase, dando el brazo á Cárlos y á Luis.*)

ESCENA III.

ERNESTO. ISABEL.

Ern. (Apurada situacion:
qué la diré?) Isabelita;
(ya por ella no palpita
cual antes el corazon;
hablarla es cosa precisa.)
Isabel.
Isab. A quién llamais?
Ern. Hermosa!
Isab. Os equivocais...
ved, primo, que no soy Luisa.
Ern. Qué dices? estás en tí?
cuándo de Luisa te hablé?
Isab. Acaso me equivoqué,
mas jurára que lo oí.
Ern. Ha sido equivocacion;
un *lapsus linguæ.*
Isab. Pues ya.
Ern. Casualidad...
Isab. Ahí está!
Ern. Descuido...
Isab. Del corazon.
Ern. No, de la lengua.
Isab. Qué risa!
Ern. No me aflijas, Isabel,
con tus sarcasmos, cruel.
Isab. Ved, primo, que no soy Luisa.

Ern. Pues bien, no quiero fingir.
yo te diré la verdad.
Isab. Hablais con sinceridad...?
pues empezad á mentir.
Ern. A esa Luisa...
Isab. Proseguid.
Ern. Yo la amé.
Isab. Y en fin?
Ern. Qué pena!
Isab. Ella fue vuestra Jimena,
y vos, Ernesto, su Cid.
Ern. Acúsame, lo merezco;
haz mis lágrimas correr;
aumenta si puede ser
el tormento que padezco.
Isabel! injusto fui
en servir á otra beldad...
Isab. Hablad con sinceridad;
la amásteis, Ernesto?
Ern. Sí.
Isab. Ingrato! pérfido amante!
Ern. Solo he dicho que la amé...
Isab. Y no la amais ya?
Ern. No, á fé.
Isab. Perjuro, aleve, inconstante!
Ern. Esto es bueno! vive Dios
que es fuerte cosa!
Isab. Ya veis...
sois inconstante, y quereis
que nos casemos los dos...
Ern. Isabel, hablemos claros;
hablemos con seriedad.
Isab. Bueno.
Ern. Ya estais en edad
en que es forzoso casaros;

de todos modos habeis
de tomar pronto marido,
ó bien á un desconocido,
ó á mí que me conoceis;
y al cabo debeis saber
que siempre mas ha valido
malo, siendo conocido,
que bueno por conocer...

Isab. Miren el hombre formal
cuando á otra galantea...
á que con ella no emplea
ese tono magistral?
El otro dia le hallé
á los pies de una... pues digo...
y se va á casar conmigo!

Ern. Tambien te desagravié...
te dije que agradecido
de su padre á los favores...

Isab. Estabas diciendo amores
á la hija, muy rendido,
y te fuiste, sí señor,
con ella, y te arrodillaste
á sus pies... y me dejaste.

Ern. La gratitud...

Isab. El amor... (*Remedándole.*)
por qué no hablabas de pie?

Ern. Hablando asi estaba yo...
este pie se me escurrió...
y arrodillado quedé.

Isab. Disculpas, disculpas, solo
disculpas.

Ern. Yo la decia...

Isab. La hablabas de teología...
digo... en el jardin de Apolo! [*Ern. da señales de impaciencia.*]

Pues no es justo, no señor,
hablarme de esa manera...
qué estirado! pues qué hiciera
si fuera predicador?

Ern. Si no me dejas hablar...

Isab. Para decir tonterías...
falso, ingrato...! no te rias...

Ern. Isabel!

Isab. Pues acabad.

Ern. Lo que te voy á decir
es, que aunque mucho te quiero,
no es este amor el primero...

Isab. Ingrato!

Ern. No sé mentir.
No me llames falso, ingrato,
que no lo merezco, no;
nuestro mutuo amor nació
lentamente con el trato:
al principio fue amistad...
luego bien te conocí,
y á nadie amé sino á tí.
Te diré, porque es verdad,
que de dia en dia aumenta
mi amor... que siempre he de amarte,
pero no por adularte
esperes, prima, que mienta.
Eso fuera ser injusto,
y no es noble por mi vida
el que engaña á su querida
mintiendo por darla gusto.
Yo, Isabel, á otra adoré
antes que te conociera,
y fué pasion verdadera
la que á Luisa profesé.
Harto desgraciada es ya

esa muger, y mi lengua
jamas, lo juro, en su mengua
palabra alguna dirá.
A otras he amado... perdona...
pero á tí...

Isab. En tu corazon...
ellas la comparsa son,
y yo soy la *prima donna*,
no es verdad?

Ern. Bendita seas!

Isab. Dime... siempre me amarás?

Ern. Lo juro.

Isab. Lo cumplirás?

Ern. Isabel!

Isab. Ingrato Eneas,
no me trates como á Elisa
trató en Cartago el traidor...

Ern. Isabel! mi bien! mi amor!

Isab. Ved, primo, que no soy Luisa.

Ern. Juremos, y yo el primero,
de Luisa jamas hablar.

Isab. No lo puedo remediar;
es tanto lo que la quiero!

Ern. Prima, el tocador te aguarda...
hoy es dia...

Isab. Ya lo sé.

Ern. De componerse...

Isab. Por que?

Ern. El notario...

Isab. (Y como tarda!)

Ern. Si tiene puntualidad
llegar al momento puede.

Isab. Hoy, Ernesto, qué sucede?

Ern. Nuestra boda...!

Isab. Y es verdad!

Ern. La olvidabas; lo agradezco...
te das á fé mucha prisa.
Isab. Me acuerdo...
Ern. De quién?
Isab. De Luisa.
Ern. Aflígeme, lo merezco.
Isab. Y te afliges? haces mal;
voy á vestirme de gala;
hoy seré yo la zagala,
y vos mi primo el zagal.

(*Hace una cortesía muy grave y se va; él la da la mano hasta la puerta.*)

ESCENA IV.

ERNESTO. (*Solo.*) *Luego* FERMIN.

Ern. Qué hermosa! Quién podria resistir á tanta gracia, á tanto donaire? La pobre niña me quiere con unas ganas! Verdad es que yo por mi parte no he dejado de hacer todo lo posible para que me mire como á uno de los héroes mas cumplidos que ha hallado nunca en las cien mil novelas que continuamente lee á hurtadillas de su aya, y de su tia, y de su primo... y eso que el que se las da casi todas soy yo... pero en este punto soy un censor muy rígido... (*Se sienta.*) Pues señor, esto es hecho; hoy firmo el contrato, mañana me caso, y por la tarde ya estoy en camino para mi quinta de Valencia. Allí viviremos juntos en el seno del amor y de la soledad; despues de la vida agitada en que he pasado los

mejores años de mi juventud, conozco que me hace falta descanso, tranquilidad, vida patriarcal. Alli en los brazos de mi esposa acabarán de borrarse los amargos recuerdos que me quedan de mis desvaríos juveniles. Alli olvidaré á Luisa... Infeliz! Cuando sepa que su Ernesto ha dado la mano á otra, que la abandona para siempre. Dios mio! Si esta noticia le quitase la vida... qué horror! Ella es naturalmente apasionada, melancólica. Su alma delicada es susceptible de conmociones profundas. Oh Luisa, Luisa! Por qué ha querido mi desgracia que te vuelva á ver despues de tan larga ausencia! (*Despues de un rato de silencio se levanta de repente.*) Pero en fin, sea lo que Dios quiera... me ha prometido que no vendrá á esta casa, y no es facil que llegue á saberlo hasta que ya no tenga remedio. Acaso entonces se resigne. Asi como asi ya he dado mi palabra de que hoy mismo firmaré el contrato, y estas ideas no hacen mas que afligirme inútilmente. Con que vamos á vestirnos como corresponde. (*Se dirige á la puerta del costado que va á la alcoba.*)

Fer. (*Sale.*) Señor conde, señor conde.

Ern. Qué hay?

Fer. Aventura de Calderon tenemos en campaña. Dama tapada.

Ern. Qué dices?

Fer. Una señora, y parece jóven, que no quiere decir su nombre, pregunta por V. E.

Ern. Una señora? Que pase adelante. (*Vase Fermin.*) Quién puede ser...? Si Será...? Cielos! Luisa!! Vete, y cierra la puerta. (*A Fermin, señalando la del foro.*)

ESCENA V.

ERNESTO. LUISA.

Ern. Tú aqui! Dios mio! qué es esto?
Luisa. Qué ha de ser?
Ern. Tú me decias
que á esta casa no vendrias.
Luisa. Y tú me juraste, Ernesto,
que siempre me adorarias.
Ern. Luisa, olvidas tu decoro?
Luisa. Sí, lo olvido... Desgraciada!
Tambien á tus plantas lloro,
Ernesto, porque te adoro
y me miro abandonada.
Ern. Quién te ha dicho...?
Luisa. Qué sé yo?
Ern. Pobre Luisa!
Luisa. No es verdad
que desgraciada nació
la que te amaba, y halló
abandono y falsedad?
Ern. Falso! no; yo te adoraba;
sabe el cielo si mentia
cuando á tus pies te juraba
que solo en tí se cifraba
mi esperanza y mi alegría.
Dirás que á otra seducí,
que he fingido amor, pasiones
á mil mugeres... fue asi...
porque en ellas solo vi
estériles corazones.

Mi pecho, que nunca amó,
buscaba un amor sincero,
y en su lugar solo halló
corazones que rindió
la vanidad ó el dinero.
Entonces, Luisa, te hallé
ángel puro de mi vida,
y tu inocencia adoré,
y en tus brazos disfruté
de felicidad cumplida.
Entonces hubiera dado
la mitad del alma mia
porque un vínculo sagrado
hubiera legitimado
el amor que te tenia.
Mas tú lo sabes, hermosa,
el rigor de la fortuna...

Luisa. Sé que pobre y virtuosa
no puedo yo ser tu esposa,
porque es muy noble tu cuna...
No tengo razon?

Ern. Cruel!

Luisa. Por eso, Ernesto, me dejas,
y das la mano á Isabel.

Ern. Soy desgraciado.

Luisa. O infiel.

Ern. Ay de mí!

Luisa. De qué te quejas?

Ern. El cielo piadoso unió
nuestros tiernos corazones...
maldíceme, Luisa...

Luisa. No.

Ern. Sí; lo merezco: oiga yo
tus justas reconvenciones.

Luisa. No vengo á reconvenirte

con justicia en mi dolor;
no vengo, Ernesto, á afligirte,
sino solo á repetirte
que eterno será mi amor.

Al ver tu ingrata falsía,
en vano decir quisiera
que te olvida el alma mia...
Olvidarte...! mentiria,
Ernesto, si lo dijera..

De este enamorado pecho
único dueño serás
siempre... acaso me verás
maldecirte en mi despecho,
pero olvidarte, jamas.

Yo lo juro; sabe el cielo
que en mi corazon, en donde
reinas solo, no hay consuelo
sin tu amor... que solo anhelo
mirarte dichoso, conde.

Lejos de tí viviré...
moriré, mejor diria...
y quién sabe? acaso un dia
te acuerdes de aquella que
tan de veras te queria.

Ern. Separarnos! Eso no,
primero morir.

Luisa. Dios mio! (*Con delirio.*)
Eso mismo anhelo yo...
la muerte...!

Ern. Qué dices?

Luisa. Oh!
Ernesto, yo desvarío. [*Procurando sonreirse, y buscando el pomo en el seno.*]

Ern. Qué busca tu mano ahí?

Luisa. Nada, nada.

Ern. Tú suspiras...
Oh! por qué me engañas, dí?
algo escondes, yo lo vi...
por qué la mano retiras?
Ese pomo!

Luisa. Qué locura! (*Sonriendo.*)

Ern. Quieres dármele? responde,
te lo ruega mi ternura:

Luisa. Te arrepientes por ventura
de habérmelo dado, conde? (*Con seriedad.*)

Ern. Esa prenda que te dí...

Luisa. Es el único recuerdo
que me quedará de tí...
Quiéres quitármelo, dí,
Ernesto, cuando te pierdo?
Piensa, infiel, que nos amamos
con ternura verdadera
algun dia... que juramos
lealtad... y que nos hablamos,
Ernesto, por vez postrera.

Ern. Luisa! Luisa! Qué he de hacer?
Cómo no verla jamas...?

Luisa. Por qué no? Si quieres ver
á esta infelice muger...
en la tumba la hallarás.

Ern. Luisa mia; (*Se oye la voz de Cárlos, que viene cantando.*) pero silencio... alguien viene. Es Cárlos. Por amor de Dios escóndete en ese gabinete. Ese loco sería capaz de echarlo todo á perder.

Luisa. Ernesto, esta humillacion mas!

Ern. Por Dios, que viene. (*La mete en su alcoba, y se sienta en una silla junto á la puerta.*)

ESCENA VI.

ERNESTO. CÁRLOS.

Cár. Pues señor, dicho y hecho: me acaba tu mamá de contar *c* por *b* todos tus amores con tu prima.

Ern. Chit: por Dios, Cárlos.

Cár. Hola! Hay pájaro escondido...?

Ern. No.

Cár. Pues entonces... Pero sabes que eres un grandísimo mátalas callando? Y yo, bolo de mí, que me descoyuntaba los dedos en el teatro haciendo telégrafos á tu prima desde mi luneta... que he desgastado las escaleras de esta casa haciéndola visitas; que la he seguido á los toros, al Prado, á los bailes; que he gastado un ojo de la cara en comprar un tilburí, porque la oí decir que la gustaban esos carruages. Ya se ve, acababa de llegar el tuyo de París... Pero hombre, tú no me oyes?

Ern. Pues no?

Cár. Estás picado todavía por lo que hablamos de Luisa?

Ern. Hombre, no. (Dios ponga tiento en tu lengua.)

Cár. Es que ya aunque me desafies no admito; porque, amigo, un hombre de obligaciones... un marido...

Ern. Sí, basta.

Cár. Marido! Nombre respetable! *Terque cuaterque beati...!* Estoy resuelto á serlo muy pron-

to, y lo peor de todo, amigo, es que tendré que hacerlo por necesidad. Me hallo tan completamente arruinado, tan... en una palabra, tan sin un cuarto, que despues de maduras reflecsiones he tenido que recetarme matrimonio con una muger muy rica... se entiende. Bajo ese aspecto tu prima me armaba; te aseguro que sus monises me venian como pedrada en ojo de boticario. Pero cómo ha de ser... habremos de tocar otra tecla, y ya estoy resuelto. Ahora me voy á Londres. Tomo una casa magnífica. No tendré que pagarla, porque en diciendo que soy grande de España... Pues señor... tomo muchos criados, gran tren, doy admirables comidas, tengo escelencia, me introduzco en la alta sociedad, hago conocimiento con lord Puff, cásome con su hija, y vuelvo á Madrid con cincuenta mil libras esterlinas... A gastarlas alegremente con los amigos... todos los lunes he de hacer que se corran dos toros mas, á mi costa, de la vacada de Gaviria, de aquellos que le gustan á Montes... Y aun puede que me tiente el diablo para dar en Londres algunas corridas... Hombre... sabes que tendrá que ver un inglés toreando...?

Ern. (*Procurando sonreir.*) Sí, sí. (Pobre Luisa! Haber venido por verme, sola, á pie, desde Sevilla...!)

Cár. Sevilla...! el primerito que he de llevar á á Londres... ese hombre hace honor á su profesion... es el alma de la plaza de toros.

Ern. Botarate!

Cár. Pues y tú? Te parece que no sé tambien tus trapicheos, eh? Te parece que no sé que has estado enamorado de una cierta Luisa? Digo,

4

enamorado como se enamora uno de mugeres asi.

Ern. Cárlos!

Cár. Chico, tu prima me lo ha contado...

Ern. Bien, basta...

Cár. Sí señor... me lo ha contado porque tú se lo contaste, y ahora lo cuento yo; y dentro de poco lo sabrá todo Madrid. Bien que ya habrás tenido tú buen cuidado de que nadie lo ignore. Bien hecho... lo mismo hago yo... Eso las acredita...

Ern. Hombre, hazme el favor...

Cár. Ah! sí...! no sea que padezca su reputacion... ya se ve... una señora de alto chapin... Alguna modista? Hombre, sabes que son las peores...? Te acuerdas de aquella roma, cara de pastel... aquella que vivia en casa de la Lucía...? Pues no se creyó la buena muger que iba á casarme con ella? Ya se ve... yo se lo prometí... Y se vino á mi casa, muy séria, con un niño en brazos, diciendo que era mio... un chiquillo mas feo que la pobreza.

Ern. Y tú hiciste...?

Cár. Toma, qué habia de hacer! Lo que tú hubieras hecho en mi lugar. Enviéla muy noramala.

Ern. Cárlos!

Cár. No... pero se la recomendé á Juanillo, á mi lacayo; y le va muy bien con él; pero sabes que era plepa... Y si la hubieras visto llorar y gemir... Ja, ja, ja, quebrantaba las peñas. Pero figúrate tú si estaré yo acostumbrado á esas jeremiadas... como que todas hacen otro tanto. No hay dia que no se presente en mi casa alguna nueva Lucrecia; pero ya he dado mis órdenes al

susodicho Juanillo para que las despache con cajas destempladas. Y eso es lo que debes hacer... es el único medio de que no le vengan á uno rompiendo la cabeza con la eterna cantilena de "ingrato! pícaro! bribon! mi honor! mi hijo!" (*Con voz mugeril.*) No... y tú sobre todo, ahora que estás casado... Sobre que será una gaita que vengan todos los dias recaditos...

Ern. Pero te parece que me divierten mucho esas tonterías?

Cár. Y si hay de por medio alguna de esas pegotas machaconas, que no sabe uno cómo sacudirse de ellas... pues bien, se la endosas á un amigo... acoto la Luisilla.

Ern. Ay! (*Reprimiéndose.*)

Cár. Qué tal es...? Será asi delgadita... ojos negros, como á tí te gustan... Pues señor, la acoto, y te quito la mosca de encima... porque asi como asi, tú la querrás tanto como á la mariblanca de la Puerta del Sol.

(*Ernesto, no pudiendo reprimir por mas tiempo su ira, se levanta, coge del brazo á Cárlos, le lleva al estremo del teatro opuesto al sitio donde se halla Luisa, y le dice en voz baja con mucha energía.*)

Ern. Mira, cuando quieras cubrirte de infamia hasta el punto de profanar asi... riendo... lo mas sagrado que hay para los hombres... la reputacion de las mugeres... elige para confidente á un hombre tan corrompido... tan vil como tú... estás? Porque si ahora me detienen algunas consideraciones... puede que otra vez no me baste la paciencia para escucharte... y que tu risa se convierta en lágrimas...!

Cár. Pero hombre!

Ern. Chit... basta... disimula ahora, yo te lo ruego, y despues hablaremos. (*Volviendo al medio del teatro.*) Hola! parece que llaman, y puede que sea el notario. Disimula. (*Bajo.*)

Cár. Bien; (*Lo mismo.*) pero hombre, no te vistes?

Ern. Sí, tienes razon. Si quisieras dejarme solo...

Cár. Calle... tu pudor virginal...

Ern. No, hombre... sino que...

Cár. Y dónde quieres que vaya? Las señoras se estan vistiendo. A la calle no puedo salir, porque llueve si Dios tiene qué... Qué diantre, hombre! vístete delante de mí... te juro que no me escandalizaré.

Ern. Me parece que alguien viene. Mira, en estos momentos es natural que yo desee estar solo... cuando vengan mi madre ó mi prima, dales conversacion... si te preguntan por mí, di que estoy vistiéndome aqui en mi cuarto. Sobre todo, no dejes entrar á nadie. Ni entres tú tampoco: necesito hacer algunas reflecsiones á solas... vestirme...

Cár. (Aqui hay gato encerrado.) Pero hombre...

Ern. Aqui vienen: haz lo que te he dicho, por Dios. (*Entra en el cuarto donde está Luisa.*)

ESCENA VII.

CÁRLOS. LA CONDESA *é* ISABEL *vestidas de baile.* LUIS.

Con. Y está ya vestido este caballerito? Hola! no anda por aqui.

Cár. Acaba de darle un arrebato de modestia, de

pudor... el pobrecillo tenia que vestirse, y no ha querido que mis ojos profanos penetren los misterios...

Con. Pues es estraño, porque nunca le dió por vergonzoso.

Cár. Saludables efectos del amor en pechos pudibundos... Señorita, (*A Isabel.*) reciba usted la mas sincera enhorabuena de cuantas...

Isab. Mil gracias. Me he vestido con gusto?

Cár. Oh!

Con. Estás hecha un ángel en forma humana. Ya puede llamarse dichoso mi hijo. Estoy por decir que no te merece. Asi son ustedes. Pasan sus primeros años en medio de las diversiones, los placeres... cortejan... enamoran... *é sempre bêne.* Cuando les da la gana de casarse, sus señorías creen siempre hacernos demasiado favor... en lugar que las pobres mugeres...

Luis. Son el ídolo de nuestros corazones... el alma de nuestra eesistencia...

Con. Mucho, mucho... y por eso no hay una á quien no dirijan ustedes siempre sus obsequios.

Cár. Alto ahí... aqui estoy yo, que hago escepcion á la regla, conservándome puro y sin mancha para la época feliz de mi consorcio con mi inglesa.

Isab. Va usted á casarse con una inglesa?

Cár. Preciso.

Isab. Y por qué? No hay señoritas en España?

Cár. Es mal tono.

Isab. Mal tono!

Sale un Criado. El señor marqués del Sol y su señora esperan á V. E. en la sala.

Con. Han llegado algunas otras personas?

Criado. Sí señora.

Con. (*Mirando al reloj.*) Bien, voy al instante. Parece que mi hijo quiere darnos una sorpresa. Estará poniéndose elegantísimo. Pero ya podia tomarlo con algo menos de cachaza. A ver, Carlitos, si quiere usted entrar á meterle alguna prisa...

Cár. (Ahora salgo de dudas.) (*Se dirige á la alcoba precipitadamente: al ir á entrar en ella sale Ernesto pálido y en el mismo trage que antes.*)

ESCENA VIII.

DICHOS. ERNESTO.

Con. Vamos, señor perezoso...

Ern. Ustedes perdonen... estaba...

Isab. Sí... poniéndose elegante, y en efecto ese trage...

Con. No es muy propio para el baile de esta noche. Pero, Ernesto, qué has estado haciendo tanto tiempo? Yo creí que te vestias...

Ern. Sí... pero luego he pensado... que para no llamar la atencion... (Ah!)

Con. Bien... pero parece que estás turbado; qué tienes? Te sientes malo?

Ern. Malo! no... no tengo nada. Me siento bien.

Con. Ernesto!

Cár. (Cuando digo que aqui hay gato encerrado.)

Ern. (*Lentamente.*) Siento mucho haber hecho esperar á ustedes; pero ha sido forzóso... queria consultar con mi corazon el paso que voy á dar, y del cual depende la felicidad de mi vida. Antes de unir mi suerte á la de mi prima con eter-

nos lazos, queria asegurarme de si soy digno ó no de poseerla; porque en efecto, si hubiera alguna imágen en mi corazon que estuviera mas profundamente grabada en él que la de mi prima, podria usted ser feliz conmigo, señora?

Con. Ernesto!

Ern. Si yo no pudiera ofrecerla á usted un amor eterno, esclusivo, aceptaria usted mi mano, Isabel?

Isab. Ah! (*Llora.*)

Ern. Isabel! Lloras? Hermosa!

(*Durante toda esta escena debe manifestar Ernesto la debilidad de su carácter.*)

Isab. Yo no quiero hacerle á usted desgraciado... esas palabras me prueban que no soy querida. Puede usted disponer de su mano. (*Llora.*)

Ern. Qué dices? Isabel! Yo no he dicho nada de eso, perdona...

Isab. Qué?

Ern. En efecto... yo nada he dicho... sino... que te amo... (Dios mio, qué he de hacer!) Decia que deseaba consultar con mi corazon si...

Con. (*Con seriedad.*) Y qué ha resultado de esa grave consulta?

Isab. Que quiere á otra.

Ern. A otra... no...

Con. (*Le habla aparte.*) Ernesto... hijo mio, yo disculpo tu turbacion. En estos momentos, al privarte para siempre de lo que los hombres llaman su libertad, es muy natural que se agolpen en tu imaginacion algunas reflecsiones, ya tristes, ya alegres... Pero en fin, Ernesto, piensa que no es esta ocasion para mostrarte descontento.

Ern. Yo, señora... (Pobre Luisa!)

Con. Has dado ya tu palabra á Isabel, y esta boda te conviene bajo todos aspectos. Sobre todo, un caballero nunca debe faltar á su palabra, y tú has dado la tuya á tu prima de casarte con ella.

Ern. Es verdad!

Con. Ernesto, tú no querrás hacerme un desaire ni hacérselo á tu prima... en el punto á que han llegado las cosas, sería un escándalo... Hijo mio... espero que no querrás esponer á una parienta tuya á semejante bochorno.

Ern. Dios mio!

Con. Si tienes algun compromiso... algun amorcillo... tú mismo debes conocer que ya es tiempo de renunciar á esos pasatiempos juveniles. En fin, Ernesto, tú tienes talento, y si me amas, te ruego con todo mi corazon que me evites un disgusto, que acaso me costaria la vida.

Ern. Sí... es verdad. (Luisa! Isabel! qué he de hacer, Dios mio!)

Luis. (*Apretándole la mano.*) Ernesto, valor.

Con. Señores, nos estan esperando en el salon: Ernesto (*Bajo.*) piensa en esta madre que te adora.

Ern. (Oh Luisa, cuánto me cuestas!) Pero qué es eso, Isabel? Lloras? En fin, (*Da de repente la mano á su prima haciendo un violento esfuerzo.*) señora, (*A la condesa.*) yo voy delante... el notario está esperando, y es menester firmar el contrato. Isabel, me perdonas?

Isab. (*Sonriendo y enjugándose las lágrimas.*) Ingrato! que se complace en darme disgustos...

Luis. (*Presentando el brazo á la condesa.*) Señora...

Cár. Me quedo con la curiosidad de si habia ó no gato encerrado. Bah! qué importa?

(*Vanse todos por la puerta del foro; queda solo el teatro algunos momentos, y luego sale Luisa.*)

ESCENA IX.

LUISA.

Ya se fueron... Oh Dios mio!
piedad, piedad para mí!
Si una culpa cometí
bastante ahora la espío.
De mi dulce desvarío,
justo cielo! quién pensara
que algun dia resultara
este infortunio cruel?
Quién creyera que el infiel
mi ternura asi pagara? [*Se acerca á una ventana lentamente, y queda como pensativa algunos instantes.*]
Triste noche! cómo brama
el viento...! [*Se sienta en el sofá, apoyando la frente en la palma de la mano.*]
Ya será esposa
de Ernesto Isabel dichosa...
yo no soy mas que su dama.
Sin embargo, no le ama
tan de veras como yo...
Oh! muy dichosa nació
Isabel... y yo, infelice...
Tal vez ahora la dice
que es la sola á quien amó; [*Se oye á lo lejos la música del baile.*]
que ella es su bien, su tesoro,
que la adora mas que á á mí...
ingrato! inconstante! oh, sí!
no sabe lo que le adoro:

no sabe que á eterno lloro
condena mi triste vida,
que deshonrada, afligida,
he de vivir... y por qué?
Si vivo le adoraré...
pero en la tumba se olvida.
En la tumba encontraré
la perdida paz del alma;
alli solo eterna calma
venturosa gozaré.
Deshonrada, para qué
quiero la vida? Sin verte,
Ernesto, será mi suerte
amarga... eterno mi duelo;
ni le queda otro consuelo
al infeliz que la muerte.
Mi vida se deslizó
entre llanto y agonía
desde aquel infausto dia
en que Ernesto me dejó.
La sola vez que brilló
la esperanza para mí
fue... cuando me decidí
á no ser ya desgraciada...
cuando, en fin, desesperada
este veneno adquirí...! [*Se levanta como fuera de si, y saca el pomito.*]
La muerte, la muerte... Horror!
Mas qué temo si me priva
de esta vida fugitiva
un momento de valor?
Yo hallarme aqui...! qué rubor!
Si sospechan... algo suena...
alguien viene... [*Toma el veneno, y se reclina en el respaldo del sofá.*]

Ya mi pena
desvaneciéndose va...
Venga Isabel; me hallará
tambien dichosa y serena.

ESCENA X.

LUISA. ERNESTO.

Ern. Luisa, Luisa, ya acabó
mi incertidumbre cruel:
yo dar mi mano á Isabel?
dejar á mi Luisa? No.
Hermosa! amor nos unió
con sus vínculos sagrados...
pronto, Luisa, retirados
del mundo y su tiranía,
viviremos, alma mia,
esposos afortunados.
Ya á todos desengañé
diciéndoles que mentí
cuando á Isabel prometí
mi mano y mi eterna fé.
Dije que solo á tí amé,
que contigo he de vivir,
que contigo he de morir... [*Durante este tiempo se ha sentado Luisa como desfallecida.*]
Nada me dices! qué es esto!
Luisa. Gozo escuchándote, Ernesto,
no te quiero interrumpir.
Ern. Perdóname, Luisa.
Luisa. Qué?
Ern. Culpable en estremo fui...
me perdonas, dime?

Luisa. Sí.
Ern. Serás mia?
Luisa. No lo sé.
Ern. Tanto, Luisa, te amaré,
 será tal mi rendimiento,
 que acaso llegue el momento
 en que viendo mi pasion
 el deseado perdon
 pronuncie, hermosa, tu acento.
Luisa. Mal hiciste en engañar
 á la dichosa Isabel.
Ern. Eso me dices, cruel?
 te ofende verte adorar?
 Yo habia de abandonar
 á la que me amaba tanto...?
Luisa. De veras?
Ern. Cese tu llanto. (*Se arrodilla á sus pies.*)
 Tu esposo Ernesto te adora.
Luisa. Y esta dicha para ahora [*Poniéndose en pie y levantando las manos al cielo.*]
 me guardabas, cielo santo!
 para ahora!! (*Vuelve á sentarse.*)
Ern. Luisa, qué! (*Azorado.*)
Luisa. Nada, Ernesto.
Ern. Tú me engañas,
 algo tienes.
Luisa. Pues qué estrañas?
Ern. Tu semblante.
Luisa. Mírame. [*Sonriéndose y poniéndole las manos en el pecho.*]
Ern. Eres feliz?
Luisa. Ya se ve.
Ern. Cielos! qué pálida estás!
 pediré ausilio.
Luisa. Te vas?

no me dejes... ven aqui...
Ernesto!

Ern. Me quieres?

Luisa. Sí.

Enr. Serás mi esposa?

Luisa. Jamas!

Ern. Luisa, Luisa! Socorro, qué se muere! (*Toca una campanilla.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. LA CONDESA. ISABEL. CÁRLOS. LUIS, *y otras personas.*

Con. Hijo mio! Quién es esa muger? Señora! qué escándalo! qué bochorno para mí!

Ern. Silencio, silencio! Luisa! Dios mio! (*Arrodillado á sus pies.*)

Isab. (*Acercándose.*) Ah...!

Luisa. (*Señalando á Isabel.*) Mira, Ernesto, esa es tu esposa...

Ern. No! mi esposa eres tú... tú sola!

Luisa. Yo! Pobre Ernesto! Sea ella tuya en esta vida...

Ern. Y tú, Luisa!

Luisa. Yo...! yo seré tu esposa... en la eternidad!!! (*Muere.*)

Todos. Oh!!!

FIN.





